



47

1-57

15 3/32

Recogido en OC, Afonso Agudo VI

LA EQUIS INTRUSA

¿Qué encanto tiene la equis? ¿Cuál es la razón del cariño que le profesan tantos escritores?

Son preguntas estas que me he hecho mil veces al observar que en tratándose del uso de la x muchos doctos escritores y los periódicos de más circulación y fama, caen á cada momento en descuidos ortográficos, descuidos que por su constancia denotan desconocimiento de la ortografía.

Hubo una temporada en que me entretení en anotar las x intrusas que se colaban en las columnas de los periódicos y las páginas de los libros. Ví que hay palabras que casi nunca se ven bien escritas, como son *escéptico*, *espontáneo*, *espléndido*, *estrategia* y otras cuantas. Para una vez que se las lee escritas como deben serlo, lo menos veinte veces llevan la x intrusa. Y hasta he encontrado en periódicos, y más de una vez, *excándalo*, *excoger*, *expanceir*, *expectáculo*, *extrago* y aun *exencia* y *expiritu*. Estas dos últimas en un diario integrista que se caracterizaba por su desmedida afición á la x intrusa, ¡lo que hace el inconsiderado amor á la tradición mal conocida!

Si se tiene en cuenta que muchas de las personas que escriben *exceptico*, *espléndido*, *espontáneo* ó *estrategia*, saben, si no *latin*, *francés* ó *inglés*, y están hartos de leer y acaso de escribir *sceptique*, *splendide*, *spontané* y *strategie* adquiere más valor esta pregunta que vuelvo á formular: ¿cuál es la razón del atractivo que la equis ejerce?

Debemos tener presente que el descuido, ó más bien la ignorancia de la ortografía, se ejercita mucho más en contra que en pró de la equis, y que si es frecuente escribir *espontáneo*, no lo es tanto escribir *estension*. Hay, pues, alguna razón del descuido favorable á la equis.

Digo razón del descuido. Y, en efecto, el descuido, como el error, tiene su lógica, una lógica tan severa como la del cuidado.

Curiosísimo estudio es el de los descuidos ortográficos y su razón. Si el niño con estricta lógica dice *sabo* por *sé*, hay también una razón lógica que hace escribir más á menudo *exceptico* con equis que como debe escribirse.

La analogía es la razón de la mayor parte de los descuidos, como lo es de innumerables formas lingüísticas que la mera derivación no explica.

Es indudable que cuando uno escribe *alha-güño* en vez de *halagüño*, es porque fluctúan en su espíritu voces como *alha* y *alhóniga*, cuando escribe *hechar* es porque recuerda *hecho* y que la voz *hubo* mueve á muchos á escribir *tubo* por *tuvo*, y esta última forma á escribir *huvo* por *hubo*.

Al advertir en cierta ocasión á un amigo que escéptico no lleva x, me dijo que se la ponía por creer que deriva de *exception*. La voz *excepto* es, sin duda, la que lleva á escribir *exceptico*, así como la multitud de formas que empiezan por *extra* hace caer en el descuido de escribir *extrategia* y *extrambótico*, donde no hay tal *extra*. Del mismo modo la muchedumbre de voces que se inician por la preposición latina *ex* ejerce fuerte acción sobre la mente del que escribe moviéndole á meter la x intrusa en voces que no son de su dominio.

Y como si fuera poco ahora dan en escribir *México* y *Xerex*! No sé por qué no se ha de escribir *Guadalaxara* y *Náxera*.

La x de *México* representa un sonido análogo á la ch francesa que ha desaparecido del castellano al trasformarse en nuestra j, y de ningún modo el sonido actual de nuestra x, y puesto que se dice *Méjico* y la x de *México* no se lee ya como se leía en un tiempo, y jamás ha sonado en esa palabra como la actual x, el escribir *México* por *Méjico* es una americanada y un disparate ortográfico á la vez.

Las razones expuestas explican en parte el por qué de la intrusión de la x en voces como *exceptico*, *espontáneo* ó *estrategia*, pero no son suficientes. Queda otra razón, una razón suprema, una razón psicológica ó filosófica si se quiere, una razón que nos hace ver en un caso tan baladí como este, uno de los más profundos móviles de los errores humanos.

La tendencia natural es á suprimir las x delante de consonante, la evolución fonética lo pide así, la facilidad en la rapidez de la pronunciación lo exige, es, en una palabra, ley fonológica, expresión de una ley orgánica, es un verdadero instinto lingüístico.

La lengua literaria abunda en voces en que una x latina ante consonante se ha reducido á s, y todos cuando hablamos en conversación corriente y ordinaria decimos *estension*, *estrano* y *extraordinario*, por ser pronunciación que exige menor esfuerzo y no desfigura el vocablo hasta hacerlo ininteligible ó difícil de ser estudiado. Porque esta es la ley suprema de la evolución fonética: los sonidos se dulcifican, se debilitan, se combinan y desaparecen cuando conservando su identidad se facilita su pronunciación.

Que la x tiende á desaparecer es un hecho fonológico, como lo es el que la x ante consonante no suena ya en el castellano hablado.

Las personas que se pican de alguna cultura sienten que no pronuncian la x ante consonante y experimentan la acción de la necesaria ley fonética, sienten que su pronunciación es arrastrada por la evolución natural. Solo un pedante llega á escucharse mientras habla y es preciso hablar escuchándose para resistir á la ley fonética, hablar escuchándose por lo menos durante un período de aprendizaje.



Las personas que se pican de alguna cultura saben perfectamente, aunque no se lo formulen expresamente, que la sobredicha *x* muere en su paladar, y como desean reparar lo que estiman descuido y distingúeles de los indocitos, que sin atención á la gramática y al lenguaje literario, hablan y escriben como Dios les da á entender, ponen en no olvidar la *x* al escribir todo el cuidado que se les escapa en pronunciarla según gramática y contra ley fonética.

Este cuidado llega á ser excesivo, tan excesivo que ya que pecan (á su parecer) inconscientemente por defecto en el habla han de pecar conscientemente por exceso en la escritura.

Aquí vemos á la razón contra el instinto, al espíritu erudito contra el popular, al pasado contra el presente, al preceptor de academia contra la ley de vida. Y aquí vemos que la razón queriendo corregir al instinto se equivoca más que este, que intentando conservar fórmulas inútiles que este aboga en su corriente de vida da el ser á excrecencias monstruosas que no teniendo razón de ser en el presente tampoco la tienen en el pasado. Porque formas como *exceptico* están contra razón fonética y contra razón etimológica.

Inagotable tema es este ó inacabable tarea la de demostrar cómo en la lengua casi siempre tiene razón el pueblo contra los doctos, el vulgo contra los eruditos, la lengua de las calles contra la de los libros, en una palabra, la boca fresca y viva contra el papel seco y muerto.

Los llamados disparates del vulgo tienen todos su razón honda, los descuidos del pueblo en el hablar son descuidos hijos de ley natural y en cambio los giros que desentierra del polvo de los pergaminos ó saca de su mollera un escritor obedecen á ley, sí, como obedece todo, pero esta ley individual merece el nombre de capricho. Los giros sintácticos del pueblo que la gramática oficial rechaza tienen más razón de ser que los giros sintácticos que inventan á cada momento este ó el otro escritor, el señor Castelar por ejemplo, que es á la par que una gran inteligencia y nuestro primer orador, un eximio estropeador de la sintaxis castellana.

Inagotable es este tema. Aún sobre él espero insistir, desarrollándolo más ampliamente, en un próximo artículo acerca de *La evolución de la ortografía*. En él veremos los desaguisados que comete y las inconsecuencias en que cae una Academia de doctos cuando pretende oponerse á la marcha natural de las cosas y volver la corriente de los ríos hácia sus fuentes, no ya detenerla en su curso.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca 26 Octubre 1892.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES